



XVI

El respeto humano (primer aspecto)

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral, en la Misa ferial del 15 de marzo de 1876 (1).

Qui me erubuerit. et meos sermones, hunc filius hominis erubescet. cum venerit in majestata sua, et Patris et sanctorum angelorum.
Quien se avergonzare de mí y de mis palabras. de ese tal se avergonzará el Hijo del hombre, cuando venga en su majestad y en la de su Padre y de los santos ángeles. S. Lucas, c. IX, v. 26.

INTRODUCCIÓN

CUANDO el profeta Jeremías, el sublime cantor de los grandes infortunios de Israel, presagiaba los últimos sucesos de lo porvenir, contemplando las ruinas de la ciudad de Jerusalén, veía desiertos sus caminos, en triste soledad el templo, dispersas las piedras del Santuario, seca la fuente de la gerarquía sacerdotal, hecho un foco de inercia el pueblo rey, y, con oprobio del Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, convertidas en escarnio sus vírgenes de pálido y escuálido semblan-

(1) Esta es la primera Conferencia de la serie que predicó Monseñor Tovar, siendo Canónigo teologal, en la Cuaresma del año de 1876. Estas conferencias no fueron escritas por su autor, sino tomadas, en taquigrafía, por un admirador suyo. Cualquiera incorrección que en ellas se note, explíquese por lo dicho. (Nota del Editor).

te; cuando veía, por último, sobre la ciudad y el templo, envuelto en nube sombría, al ángel exterminador de la justicia de Dios, para entregar al pueblo corrompido á la vengadora espada de los romanos; muy lejos hubiera estado de pensar, mis hermanos, que, en la sucesión de algunos siglos, habría de cumplirse también, en la nueva Jerusalén, en el pueblo escogido de Dios, en el sacerdocio real y entre los esplendores de la religión cristiana, un espectáculo semejante á aquel que lloraba con lágrimas de sangre, que le hacía arrancar de su pecho acongojado gemidos, que han pasado los siglos, sin perder nada de su fúnebre acento. Sin embargo, aquel supremo infortunio de Jerusalén no parecía sino la figura de la triste realidad de la época presente; porque, en verdad, en mano de sus enemigos está la nueva Jerusalén, desiertos sus caminos, en triste soledad el templo, dispersas las piedras del santuario, ocultos y refugiados en todas partes los ministros del Altísimo; los discípulos de N. S. J. S. heridos por el desprecio y el oprobio; la religión santa, cuyos esplendores y cuyas victorias han llenado la historia de diez y nueve siglos, ultrajada; por doquiera no se escucha otra cosa que los cantos de victoria con que el mundo proclama el vencimiento del catolicismo. La hora final de esta religión augusta, que ha creado todas las instituciones de que se enorgullece la humanidad, ha sonado. Por desgracia, mis hermanos, hay mucho de verdad en esos triunfos. Mi lengua sacerdotal no puede cantarlos ¡nó!, pero sí manifestaros sus tristes detalles, porque son obra de los hombres.

La primera cuestión que debe ocuparnos, en la serie de sermones de la presente Cuaresma, es la relativa á los triunfos del mundo sobre la religión. Más, después de haber reflexionado que nuestras infidelidades son la causa de la rebelión audaz é insolente de un mundo tirano, eternamente vencido por la cruz de Jesucris-

to, enjugaremos nuestras lágrimas para contemplar los admirables y varios modos con que la Iglesia católica sabe sacar, de esas mismas victorias del mundo, nuevos esplendores de gloria. Por último, elevando nuestras miradas al cielo, contemplaremos al verdadero fundador de la Iglesia, al verdadero y único rey, en esta lucha gigantesca entre el mundo y el catolicismo, á nuestro Señor Jesucristo, Rey de reyes y Señor de Señores, á fin de descubrir, en todos los siglos, su grandeza humana y su grandeza divina; el verdadero secreto, la verdadera explicación de esta lucha, del triunfo inmortal que ha de alcanzar la Iglesia sobre todos los enemigos que la cercan. Vasto é interesante asunto, mis hermanos, el que trato de desarrollar, confiando, sobre todo, en las luces del Espíritu divino, ya que no puedo olvidar las palabras del apóstol S. Pablo, que me enseña y advierte que el verdadero mérito de la predicación cristiana no depende de la elocuencia sino de la virtud de Dios.

EXORDIO

Comenzando, sin más preámbulos, por ocuparnos de las victorias que el mundo ha alcanzado en la época presente sobre la religión, y reduciendo al menor número posible los medios que ha empleado para conquistar tantas almas, para producir esta especie de apostasía universal, que es el sello característico de nuestros días, yo descubro dos principales, el uno directamente destinado á debilitar el corazón y ¡amedrentarlo; el otro, que tiene por objeto envolver el entendimiento del hombre en las densas tinieblas del error. El primer medio es el respeto humano: el segundo es la abominable propensión á la lectura de los malos libros y de los periódicos. Este medio produce maravillosos

efectos en el mundo y escasi la más genuina explicación del lamentable estado en que se encuentran las costumbres públicas y privadas. Hoy nos ocuparemos del primer asunto, esto es del respeto humano; y no bajo todos sus aspectos, porque la materia es sobrado importante, para que yo la reduzca á tan estrechos límites. Vamos á ocuparnos de ese monstruo horrible, que infiere á Dios la más grave de las injurias, que produce al hombre el más funesto daño y que hiera á la religión, amenazándola de muerte.

En primer lugar, el respeto humano, que tantas víctimas ha inmolado ante el altar del mundo, ante los ídolos que fabrican sus impuras manos, es una grave ofensa contra Dios; porque prefiere la ridícula y vana figura del mundo á la magestad infinita de Dios, las promesas engañosas y frías del mundo á las eternas y benditas promesas de la religión, las amenazas risibles y vergonzosas del mundo á los terribles y eternos anatemas de la justicia de Dios.

Pidamos, mis hermanos, el auxilio de Dios, á fin de tratar debidamente, punto tan importante para la salud de vuestras almas; pidámoslo, por la mediación de María.

PUNTO ÚNICO

La sabiduría increada de Dios, que se distingue principalmente en la admirable uniformidad de sus designios, había resuelto, en sus eternos consejos, escogitar un medio de salvación para la humanidad, que fuese, al mismo tiempo, propio de la grandeza de Dios y apto para vencer la soberbia del hombre. Este fué la Encarnación del Verbo de Dios; su humillación, no sólo hasta revestirse de la carne mortal del hombre, sino hasta sufrir las ignominias y los oprobios de la pasión, y, por último, la afrentosa muerte de la cruz. Este era

indudablemente, el medio más adecuado á la bondad, á la magnificencia y á la misericordia del Dios Salvador; y la manera más adecuada también de herir radicalmente y de muerte la soberbia humana. Así se cumplió, en efecto, en la plenitud de los tiempos. Se abrieron los cielos, según lo había profetizado Isaías, y descendió, á manera de vivificador rocío, el Verbo de Dios sobre la tierra, para fecundizar el seno de una Virgen. Continuando con admirable unidad ese mismo plan, quiso la increada sabiduría que la obra iniciada por el mérito de las humillaciones y de los oprobios del Hombre Dios, prosiguiera en el mundo, escogiendo y sirviéndose de los más viles y despreciables instrumentos, para construir el grandioso y magnífico templo, que debía levantar á la gloria de Dios, el celo de los confesores, la serenidad de los mártires, la pureza de las vírgenes, las virtudes todas de los justos, que debían abrazarse con la cruz de Jesucristo y decir, como S. Pablo estas palabras. “Nada otra cosa quiero que servir á Cristo Jesús y á éste glorificar”. Escogió lo que no era, para confundir lo que era; la bajeza para confundir la sabiduría, la grandeza, la majestad, la gloria, el poderío, el imperio; escogió la divina locura de la cruz para confundir la insolencia de los hombres; escogió las humillaciones y los oprobios, para confundir todos los recursos con que el sensualismo pagano tenía entorpecida á la humanidad. Y, por supuesto, como la palabra de Dios no puede faltar, y como las obras de Dios se cumplen en el momento y en la hora que su adorable sabiduría escoge, triunfó sobre la sabiduría de los filósofos paganos, la locura de la cruz; sobre los halagos del sensualismo, la austeridad de la penitencia; sobre el poder, sobre la gloria del paganismo, que tenía á su disposición la fuerza de los ejércitos, y el prestigio de la antigüedad, la debilidad de los apóstoles, la paciencia de los

mártires, la pureza de las vírgenes. Cumplióse así en toda su plenitud el admirable designio de salvar al mundo, por las humillaciones, la bajeza y el oprobio. Aquí es donde resalta, mis hermanos, la ofensa gravísima que el respeto humano infiere á Dios; porque, imitando de alguna manera este plan magnífico de redención y de salud, como sino hubiese experimentado el mundo, en el tiempo que lleva de encarnizada lucha con los discípulos de la cruz, que el sistema de la fuerza, lejos de quebrantar la paciencia de los confesores de Cristo, crea nueva y fecunda semilla de más generosos cristianos; como si la experiencia de las pasadas edades no lo persuadiera de que los refinados tormentos con que su crueldad amenazaba y atormentaba á los discípulos del Salvador, no tenían otro resultado que improvisar templos, en cada uno de los lugares de su martirio, desde donde predicaban á Jesucristo, cantaban sus alabanzas y juntaban á los fieles en la escuela de la cruz; no por eso ha abandonado el sistema de su tenaz lucha, é imitando el plan divino, convirtiéndolo en su propio interés y provecho, ha escogido, para alcanzar notables victorias sobre la religión, medios verdaderamente indignos, ridículos, cuya mezquindad y bajeza, pone de relieve todo el abismo de males en que cae el hombre, cuando no lo asiste la gracia del Salvador. Porque, en fin ¿qué hace el respeto humano y de qué manera obra sobre el corazón del hombre, para producir efectos tan admirables, y, si se puede decir, tan grandiosos? ¿Cómo consigue la apostasía de la religión, la vergüenza de las cosas santas, la injuria pública y privada de Dios, de su revelación santísima, de sus sacramentos, de su Iglesia, de sus sacerdotes? ¿Qué armas emplea para conseguir estas gloriosas victorias? ¿De qué recursos se vale para envenenar así el corazón humano? ¿Qué fantasma es este tan horrible, tan espan-

table, ante el cual los más intrépidos vacilan; ante el cual, como Pedro ante la criada de Caifás negó á Dios, niega el cristiano á Jesucristo, se burla de lo que adora, en el secreto de su corazón; reniega de aquello que afirma en el fondo de su conciencia, de la única esperanza sólida que tiene de salud, blasfema, no de lo que ignora, sino de aquello mismo que constituye la esperanza de su felicidad eterna? Todo lo que el mundo promete, empleos, alabanzas, elogios, todo esto ¿qué vale, mis hermanos? ¡El mundo mismo lo desacredita! ¿No se dice, y con mucha verdad, constantemente, en todas partes, que las alabanzas de la multitud son frívolas y pasajeras, que el mundo es falaz y engañoso, que sacrifica siempre, y eso por obediencia á una máxima fundamental, los más nobles intereses á sus veleidades, á sus inconstancias? ¡No lo digo yo, mis hermanos! Este es el juicio que los hombres forman del mundo. Para merecer muchos aplausos, para cosechar honores y para buscar otras pretensiones, reniegan los hombres de Jesucristo. ¿Cuáles son sus amenazas?

¡Oh Mártires de Jesucristo! que confesásteis la fe en presencia de los tiranos, que entregásteis vuestro cuerpo al fuego y á la vengadora cuchilla de la superstición pagana, para dar testimonio, con vuestra sangre, de la verdad de la religión ¿qué diríais, desde los asientos de oro en que os ha colocado la justicia remunerativa de Dios, ceñidos con la corona de la inmortalidad y llevando en las manos la palma de la victoria, qué diríais, viendo á los cristianos de la época presente, amedrentados, nó ante las amenazas de Nerón, nó ante el suplicio que escogitaba la crueldad pagana para vencer la indomable fiereza de los discípulos de Cristo, sino ante las burlas, los sarcasmos, los improperios del mundo, cuya malicia publican las lenguas mismas de sus aduladores, cuyas inconstancias son el objeto de la

universal crítica de aquéllos mismos, que doblan la rodilla ante sus falsos ídolos?

Decidme si hay alguien que se crea libre de las malignas censuras del mundo, de sus burlas, de sus injurias, de sus calumnias, de sus desprecios, de sus tiranías, de sus insolencias ¡nó! mis hermanos. Creamos lo que decía el Apóstol S. Juan en su Apocalipsis: "La malignidad constituye su propia naturaleza." Esa es el fundamento de sus dogmas; esa, el arma de sus victorias; esa, el elemento en que vive; esa, el elemento con que se nutre; esa, el agua con que apaga su sed; esa, la atmósfera en que respira.

¿Dónde está aquella inmaculada virtud, que impone respeto, que domina con su altura á todos los demás, que ilustra con sus esplendores á cuantos la contemplan de cerca, que atrae con la suavidad de sus ejemplos á los rectos caminos de la justicia y de la verdad, que impone respeto á los enemigos del nombre cristiano por la austeridad de su moral, por la rectitud de su juicio; donde está esa tan pregonada y tan inmaculada virtud que se halle exenta de los envenenados tiros de la maldicencia del mundo? La llamarán extravagancia, inconstancia de humor, capricho pasajero, secreta vía para conseguir de aquella manera el favor y el aprecio del mundo. Arte é industria es esta tanto más criminal, cuanto que sabe acomodarse mejor para cubrir bajo las apariencias de una austeridad ejemplar, combinaciones secretas, crímenes que no es dado contemplar al mundo, pero que se ocultan en el fondo del corazón y se revisten con el ropaje de la virtud y de la piedad. Mil veces habréis llorado lágrimas de sangre sobre la alta reputación de la santidad, implacablemente mancillada por la baba venenosa de esa crítica, de esas burlas, de esas injurias, de esas calumnias de un mundo que nada perdona. Y qué mucho que no perdone al hombre, cuando, para eterna infamia suya, no perdonó la santidad infinita

de nuestro Señor Jesucristo, eterno ejemplar de virtud! Se confirman en la serie de los siglos, los oprobios y las humillaciones que la perfidia y la tiranía del mundo exitó contra nuestro amable Salvador y que fueron, sin duda, más amargos para su divino corazón, que la hiel y el vinagre, que la mano de un soldado ignorante, le hizo apurar en el Calvario. Sin embargo, la triste realidad es que una buena parte, y casi la mayor de los hombres y de los cristianos, temen, se espantan, se amedrantan, como ante un fantasma formidable. ¿De qué, mis hermanos? ¡Oh inconcebible locura del hombre! ¡Oh miseria digna de ser llorada no por mí, sino por los ángeles del cielo! Ante una palabra, ante una sonrisa, se amedrentan y ¿entonces qué hacen? Para no oír esas palabras huyen de los templos, no concurren á escuchar la palabra de Dios y toleran en silencio todas las injurias que vierte la irreligión contra Cristo, contra la Iglesia y sus Sacerdotes.

Por la más extraña contradicción, mientras que los hombres sacrifican así los preciosos y nobles intereses de la fe y de la conciencia, de la dignidad y del honor, de la piedad, y de la gloria de Dios, de sus amenazas y de la reprobación eterna; ved con qué altivez desdennan la crítica y los sarcasmos del mundo, cómo se levantan contra sus instituciones, contra sus vicios, contra sus crímenes. Es el amo más severo, el más altivo el más duro censor de todos los escándalos que la impiedad produce; mucho más severo y más suspicaz que los predicadores del Evangelio, que los pregoneros de la justicia divina, que los que enseñamos la santidad y la moral cristiana, que al fin es más conforme al espíritu y á la caridad de Dios, que, si es implacable para condenar el vicio, extienda su mano bienhechora para estrechar á los extraviados. El mundo, siguiendo una conducta diametralmente opuesta, mientras que ninguna cosa hace, ni de otra cosa se ocupa que en favorecer y

propagar el vicio, es implacable, terriblemente implacable con los desgraciados que han caído en sus redes. De sus inmoralidades, vosotros, mis hermanos, lo oís todos los días, se burla el mundo. No murmura mos nosotros, murmura el mundo.

¿Quién se engrandece por el incremento de sus riquezas, sin que el mundo lo atribuya siempre á un origen criminal y sin que su mismo engradecimiento excite sus furores y sus envidias? ¿Quién se encumbra hasta la altura de los empleos ó dignidades sociales, sin que el mundo adivine ó invente, que es lo más común por desgracia, qué medios bajos ó ruines empleó para elevarse; sin que el mundo construya, para esa elevación un pedestal de adulación, de bajeza, de intrigas, y de miserias? ¿Dónde están esos extravíos secretos que reprueba la moral y, que, por cualquiera circunstancia quizá el más inocente puede caer? ¿Dónde están que no los persiga el mundo, que no los persiga de muerte, para presentarlos en su horrible deformidad, para hacer de ellos el objeto de las conversaciones públicas, para burlarse de las propias víctimas de su ambición criminal, para buscar, en esa misma desgraciada caída, nuevas armas contra la religión y contra la moral, para expiar mientras que las fomenta en secreto, para expiar en público con un espíritu de dureza, esas miserias que la caridad cristiana cubre con su manto de amor? Contra tales censuras, contra tales durezas, tiene el pecador una altivez que espanta; sabe desafiarlas, como si estuviera en los rectos senderos de la justicia y de la verdad. Cuando se le advierten las murmuraciones públicas, el escándalo que su conducta produce, y luego se le dice que la única causa de su descrédito ha de atribuírle á sus malos manejos, resiste y contesta: "¿Qué me importa que todos se burlen! ¿Quién está exento de la maledicencia pública? El juicio del mundo es frívolo, nada es posi-

ble hacer con su aprobación, se opone á los más noble intereses de las personas que lo forman y, sin alcanzar la aprobación de todos, basta el testimonio de la propia conciencia; por lo demás, otras personas constituídas en más altura y mejor posición que yo, sufren también las injurias y las maldiciones del mundo, y sin embargo, continúan en su camino; yo quiero seguir las; hay un círculo bastante numeroso que me estima, me respeta y me acata; entretanto que el hombre solo vé apariencias, Dios sabe lo que pasa en el fondo de la conciencia". Siendo esto así ¿cómo siguen y continúan los hombres, en su carrera de pecado, de escándalo y de disolución? Pero se trata de la religión, de los intereses del cielo, de la salvación del alma, de la fe de su bautismo, de la verdad de las divinas promesas, de la cólera de Dios, con los enemigos de la religión; y toda esa altivez, ese desdén y ese desprecio del mundo, se convierten en el más humillante estado. ¡Ah! confesemos, hermanos míos, que entre todas las cosas á que es inclinado el corazón del hombre, ninguna produce más profunda lástima, más íntima compasión que esta debilidad profunda del espíritu humano, que esta especie de amortiguamiento, causa de la pérdida de todos los sentimientos nobles, con que Dios ha regalado y enriquecido, y hecho á su imagen, aunque con distancia infinita de su majestad admirable, el corazón del hombre.

¡Ah! Qué cosa tan dura es, mis hermanos, qué cosa tan triste y tan deplorable, tener que hablar en la cátedra cristiana de esta victoria del mundo sobre la religión; sin embargo, para que escapéis de su furioso imperio, para que no seáis otras tantas víctimas, tengo yo que pasar por el dolor y la vergüenza de hablar aquí, en presencia de la cruz de Jesucristo, de las víctimas del mundo sobre la religión, del mundo universalmente perdido, del mundo atado perpetuamente, como

despojo de la victoria eterna de la cruz, al carro victorioso de nuestro Señor Jesucristo. Esta victoria del mundo sobre la religión es tanto más gloriosa para la religión, y tanto más humillante para el mundo, cuanto que no es la apostasía franca del incrédulo que reniega en su corazón, que maldice lo que no cuenta con el sufragio de su conciencia. De manera que el respeto humano no inmoló al hombre sino al cristiano, porque ese desgraciado católico, que así sacrifica su religión ante el ídolo del respeto humano, cree en el fondo de su alma en eso mismo que las pasiones reniegan. Así dice que la religión ha sido fundada para moderar las pasiones de los hombres, por Nuestro Señor Jesucristo; que el sacerdocio es una de las tantas invenciones de la religión, para explotar la frívola credulidad del mundo; que los sacramentos, sus provechos y sus favores, no son sino diferencias de nombre de la religión, con que la ambición sacerdotal contenta á los hombres, para secundar su dominación. ¿Pero acaso en el mundo no se levantará este pedestal á la ignorancia? Pero dejadlo así; llega la hora de su muerte: y ese cristiano llama á un sacerdote de Jesucristo que venga á decirle al oído palabras indulgentes y de consuelo, que venga á bendecir su alma, que venga á abrirle, con esa mano todo poderosa, las puertas de la morada celestial y decirle: “parte, alma cristiana, parte de este mundo y con mi bendición que es de Dios, vé al regazo eterno de tu Padre.”

Ya véis, pues, mis hermanos, cuán injurioso y ofensivo sea á nuestro Dios el respeto humano, puesto que prefiere el ídolo vano del mundo á la grandeza de Dios, las promesas del mundo á las eternas promesas de Dios, las amenazas del mundo á las terribles amenazas de la religión. El tiempo, mis hermanos, no me permite continuar desarrollando el segundo punto, esto es continuar patentizando la gravedad de la ofensa que el respeto humano infiere á Dios, poniendo de manifiesto

qué sea el mundo, de qué manera y por qué medios arranca á Dios todas esas víctimas que inmola en sus propias aras, á fin de que se persuadan todos cuantos me escuchan, si ya no lo han estado de antemano, de que la apostasía del respeto humano, es la más grande de las ofensas, en el sentido de que concede al mundo la victoria más fácil que ha alcanzado jamás sobre la religión. Continuaremos en el próximo sermón. Mientras tanto, pidamos á Dios que nos libre de este contagio, de esta lepra que se propaga por el mundo, que nos defienda de ella en vista de nuestra propia miseria, por el honor de su nombre. ¡Sí, Señor! En nada se interesa tanto tu gloria, la verdad de tus promesas, la divinidad de tu evangelio, la gloria de tu Iglesia, el esplendor de tu culto, el honor de tus ministros; en nada se interesa tanto, como en que desaparezca del mundo esta enfermedad del corazón humano, que hace doblar la rodilla cobardemente, ante un ídolo de barro, ante un fantasma. Mira por todas los grandes intereses de tu gloria y de tus ministros! ¡Sí, soberano Señor! Alcanza la paciencia á tus confesores, la serenidad á tus mártires, la pureza á tus vírgenes, á fin de que glorifiquemos tu nombre eternamente delante de los hombres! ¿Confesaremos este nombre? Lo confesaremos, durante todos los días de nuestra vida. Derramad abundantes gracias para vencer este nuevo paganismo y las detestables y villanas astucias de este mundo corrompido, á fin de que merezcamos que tú nos confieses y nos reconozcas en presencia de tu Padre que está en los Cielos.

